

NOTAS PARA UNA CARACTERIZACION FORMAL DE EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

POR

ENRIQUE PUPO-WALKER

Vanderbilt University

Por sus rasgos contradictorios, *El lazarillo de ciegos caminantes* ha motivado una extensa serie de juicios, a veces caprichosos. Acaso se le ha descrito como libro enigmático porque su organización y fuentes no obedecen a los esquemas tradicionales que ha diseñado la historiografía literaria¹. Lo cierto es que en la obra abundan materiales intercalados, datos y polémicas que reducen considerablemente la posibilidad de una lectura sugestiva².

Creo que de este modo lo vería el simple lector curioso, pero no pensarán así los que han escudriñado la obra. Desde un principio, y casi obsesivamente, se han investigado los aspectos externos de la narración: la identidad de su autor y relatores, así como las fechas y circunstancias

¹ El valioso libro recién publicado por don Emilio Carilla se titula precisamente *El libro de los misterios: El lazarillo de ciegos caminantes* (Madrid: Gredos, 1976). En un importante artículo de Marcel Bataillon, al enumerar las vicisitudes del libro, decía que, a pesar de menciones bibliográficas y algunas ediciones, el *Lazarillo* «continuó siendo un libro raro». «Introducción a Concolorcorvo a su itinerario de Buenos Aires a Lima», en *Cuadernos Americanos*, XIX (1960), p. 197. Las citas del texto provienen de la edición preparada por Carilla, que es, a todas luces, la mejor y más informativa (Barcelona: Labor, 1973). He preferido indicar los capítulos en vez de las páginas; lo hago así pensando en los que manejan otras ediciones. Sin duda alguna, todos los que estudiamos hoy la obra de Carrió de la Vandra estamos en deuda con el profesor Carilla.

² Véanse caps. I y VII, entre otros. La obra se ha descrito como un gran monumento de las letras americanas. Pero comprendase de una vez y por todas que el libro no es el fruto de una elaboración exquisita, ni mucho menos. A veces deja la impresión de un pedestre registro de propiedades o intercambios. Existen, eso sí, algunos trozos muy sugestivos que cito a continuación; y es además un libro que, en su concepción general, se apoya más de una vez en obras de creación. Para mí, la indiscutible importancia del texto radica primordialmente en su amplio sentido testimonial.

en que se compuso y publicó el libro³. También se han emitido —aunque con escasa fortuna— juicios críticos sobre la ubicación genérica del *Lazarillo*. Pero han sido casi siempre valoraciones destinadas a encasillar la obra en el marco de nomenclaturas tradicionales⁴. Con toda claridad, los resultados de esa labor indican que el texto no puede reducirse fácilmente a las exigencias de una lectura predeterminada. Todo lo que sabemos sobre la narración del visitador Carrió de la Vandera⁵ nos demuestra que en el *Lazarillo* confluyen tradiciones escriturales que a duras penas podrían reducirse a una tipología identificable⁶. Dicho de otra manera: el texto debe leerse como una pluralidad que apunta hacia significados disímiles. De ahí el signo a veces equívoco —y mal calibrado— que la narración proyecta. Pienso que, en varios órdenes, esa organización multifacética del texto sugiere indirectamente su importancia histórico-literaria, ya que en el *Lazarillo* queda establecido un espacio en el que se inscriben formas primordiales, aunque muy dispares, de nuestra expresión cultural⁷. Mi lectura se ubica precisamente en esa dimensión

³ Todo lo relacionado con las fechas de publicación y trayectoria del libro lo documenta Carilla en su mencionado estudio; véanse pp. 38-45. Hago notar, sin embargo, que en este estudio hay un desorden en la paginación. Véase, por ejemplo, pp. 17-32.

⁴ Inclusive una mente tan aguda como la de Uslar Pietri accede a la generalización, ya habitual, de afirmar que el *Lazarillo* es un próximo pariente de la novela picaresca. Véase *Breve historia de la novela hispanoamericana* (Caracas: Editorial Edime, 1955), p. 39. Otros juicios imprecisos de Fernando Alegría y Richard Mazzara los ha refutado Carilla apoyándose en razones muy convincentes. *El libro*, pp. 50-53. Para conocer los antecedentes de la novela hispanoamericana consúltese el importante estudio de Roberto Esquenazi-Mayo «Raíces de la novela hispanoamericana», en *Studi de litteratura ispanoamericana* (Milano, 1969), II, páginas 92-126.

⁵ Las investigaciones de José Torres Revello, F. Mojardín, Raúl Porras Barrenechea, Bataillon y posteriormente las de Carilla señalan al funcionario de correos don Alonso Carrió de la Vandera (o Bandera) como el indiscutible autor del *Lazarillo*; pesquisas que Carilla ha resumido detalladamente. *El libro*, pp. 7-31.

⁶ Sorprende la postura insistente de los que han pretendido una clasificación exacta del texto. Acaso no se ha valorado la obra correctamente porque casi siempre hemos querido leerla según lo que parecía y no por lo que es. De esa índole es la lectura que ofrece María Casas de Fauce en *La novela picaresca latinoamericana* (Madrid: Alianza, 1977), pp. 26-28, libro que en otros órdenes puede ser útil. Más exacto es el trabajo de Raúl Castagnino, «Concolorcorvo enigma aclarado», en *Escritores hispanoamericanos* (Buenos Aires: Nova, 1971), pp. 117-132.

⁷ Me refiero, por ejemplo, a las peculiaridades del lenguaje en el *Lazarillo*, que por sí solas iluminan un estado de transición social, la penetración de la cultura francesa y las curiosas supervivencias de formas arcaicas que han distinguido al español de América. En otras partes de este estudio considero las tipologías literarias que expanden esa dimensión testimonial del *Lazarillo* (véase en el estudio de Carilla, pp. 80-89, y en el texto, el cap. XVII).

pluralizada del discurso, para desde ella proponer una caracterización formal del texto y también para explicitarlo en su entorno cultural e historiográfico.

I

En todas las épocas *El lazarillo de ciegos caminantes* fue valorado como una fuente documental de inmediata utilidad. Entre muchos, el marinerero español José de Espinosa y Tello —según las pesquisas de Carrilla— lo cita al referirse, por ejemplo, a los gauderios y al describir Montevideo⁸. Fue aprovechado también en curiosas relaciones que figuran hoy en el Registro Hidrográfico español⁹; y sabíamos que Sarmiento lo consultaría más de una vez y que lo cita en sus *Viajes* y otros textos¹⁰. Con propósitos desiguales se sirvió del libro Ricardo Palma y además fue comentado por Ventura García Calderón, por mencionar sólo dos escritores reconocidos¹¹. En épocas recientes, y con otro criterio, Arturo Uslar Pietri ha llegado a tildarlo de libro «subversivo»¹².

Sería ingrato y de poca utilidad enumerar otros juicios similares que el libro ha ocasionado. Si han sido tan variadas las opiniones que la narración provoca es debido a la naturaleza plurivalente de la misma. Pero aunque así es, el *Lazarillo* ha mantenido, en términos generales, el discurso lineal de la relación histórica, sólo que ampliándola con los

⁸ *Ibid.*, p. 135. Allí se numeran esas y otras relaciones que están en deuda con el *Lazarillo*.

⁹ José Torre Revello, «Un trotamundo español de fines del siglo XVIII», en *Síntesis*, III (1940), p. 50 y ss.

¹⁰ *Obras*, XXXVIII (Buenos Aires: Librería Hachete, 1900), p. 178.

¹¹ Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas* (Madrid: Aguilar, 1961), pp. 203 y 508. Ventura García Calderón, como Palma, vio en Concolorcorvo al autor [véase *El lazarillo de ciegos caminantes* (París: Biblioteca de Cultura Peruana, 1938), pp. 8-9]. Opiniones de esa índole han determinado la confusión y el cariz polémico que se atribuía a la obra de Carrió.

¹² *Breve Historia*, p. 39. De alguna manera, Uslar Pietri lo considera como libro que anuncia el proceso revolucionario. Carrilla no lo ve de esa manera, pero el juicio del escritor venezolano no es desdeñable. El *Lazarillo* documenta ampliamente un proceso de decadencia política e institucional, y refleja de una manera vívida la tensa división de clases que ya no podía resolverse en el marco hermético de los virreinos. Tangencialmente, el libro pone en evidencia la infiltración del racionalismo liberal que gestó la Revolución francesa; infiltración que se había afinado en las ideas de maestros influyentes de la Universidad de Chuquisaca. Institución, por cierto, que debió conocer Carrió (cap. XVIII) y que se había destacado por su rango liberal. Cierto es que el visitador no asume una postura revolucionaria, pero su testimonio detallado no oculta la inestabilidad de estructuras sociales agotadas.

vericuetos y proliferaciones propias de los libros de viajeros; libros que alcanzaban entonces una enorme difusión en todo el mundo occidental. Al comentar esa boga ha dicho Carilla:

En resumen, definiendo que la verdadera fisonomía de *El lazarillo de ciegos caminantes* corresponde a un «libro de viajes» de acuerdo a una literatura entonces nutrida y con muchos de sus caracteres inconfundibles. El hecho de que el *Lazarillo* agregue matices especiales, y sobre todo de que sea una obra viva, le da un título mayor de supervivencia, pero no altera, repito, su predominante sello genérico ¹³.

Más adelante, sus juicios concluyen de este modo:

Por último, la denominación de «libro de viaje» no restringe las posibilidades novelescas de una obra. El carácter de «viajes extraordinarios» suele ser en principio base de esa posibilidad. Precisamente Carrió menciona en el prólogo de su libro *la Peregrinação* del portugués Fernão Méndez-Pinto (1510-1583), obra muy difundida en pasados siglos que cumple con ese requisito ¹⁴.

En general, esos razonamientos son válidos. Pero ocurre que un repaso detenido de los antecedentes formales del *Lazarillo* no revela, con la precisión deseada, ese «sello genérico» a que alude el erudito argentino. Apenas si existen estudios analíticos que identifiquen las peculiaridades estructurales del 'libro de viajes', a pesar de la inmensa tradición que respalda a esa literatura ¹⁵. Será acaso, como lo indica el mismo Carilla, por la flexibilidad inherente al libro de viajes y dado que «sus posibilidades novelescas» son, en efecto, ilimitadas. Más que la *Peregrinação*

¹³ *El libro*, pp. 55-56.

¹⁴ Cabe suponer también que Carrió conocía la *Peregrinação de Bartolomé Lorenzo* (1666) que elaboró el padre Acosta y a la que ya me he referido en el capítulo inicial de mi libro *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* que en breve publicará la Editorial Gredos.

¹⁵ Al considerar los rasgos formales de esa narrativa pienso en las observaciones y comentarios que sobre ella aparecen en el libro de Percy G. Adams, *Travelers and Travel Liars 1600-1800* (Berkeley: University of California Press, 1962) y también en los siguientes: R. W. Frants, *The English Traveler and the Movement of Ideas, 1660-1732* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1967). Además he consultado: Hans-Joachim Possin, *Reisen und Literatur: Das Thema des Reisens in der Englischen Literatur des 18 Jahrhunderts* (Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1972). Possin estudia, por ejemplo, el tema de los viajes en Buyan, Addison, Defoë, Fielding y De Beckford en España y Portugal. Interesa el primer capítulo que el autor dedica a «The Essence and Form of Travel in Literature». Y la obra de Phillip B. Gove, *The Imaginary Voyage in Prose Fiction: A History of its Criticism and Guide for its Study, with an Annotated Check List of 215 Imaginary Voyages from 1700 to 1800* (New York: Columbia University Press, 1941).

mencionada por el visitador Carrió, se destaca como posible modelo del *Lazarillo* el libro *La relation des voyages du Sr. Acarette dans la rivière de la Plata, et de là terre au Perou et relations de divers voyages curieux* (1672)¹⁶. Pero además, sobre el área rioplatense se escribieron otros libros que sin duda prefiguran algunos lineamientos generales del *Lazarillo*.

Tampoco pueden desecharse como antecedentes significativos el *Derrotero y viaje a España y las Indias* de Ulrico Schmidel, generalmente conocido bajo el título de *Viaje al Río de la Plata* (1543-1554), y las curiosas relaciones del paraguayo Ruy Díaz de Guzmán, *Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata* (¿1612?). Mejor conocidos aún son los *Comentarios* (1555) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que redactó Pero Hernández; libro oportuno, ya que en su composición anticipa aspectos de la estrategia narrativa desarrollada en el *Lazarillo*. En los *Comentarios* de Alvar Núñez, como en el texto del visitador Carrió, se emplea un narrador que evoca la postura del Inca Bustamante, ya que es, a un mismo tiempo, hablante figurado y persona histórica¹⁷; y en los *Comentarios* sobresale, por otra parte, una proyección individualizada y polémica, muchas veces reconocida en fragmentos del *Lazarillo*¹⁸. Pero supongo que al consignar esos y otros precedentes, lo haremos siempre con alguna incertidumbre, porque —entre otras razones— apenas conocemos, con la amplitud necesaria, las lecturas de que disfrutó el visitador. Y aun conociéndolas, sería indispensable practicar un cotejo minucioso, que obviamente está fuera de los objetivos en que ahora me sitúo¹⁹.

Aunque no se hayan establecido todos los posibles textos precursores, me parece obvio que el *Lazarillo* es, en varios planos, una ramificación ampliamente matizada de la crónica virreinal²⁰. Como también lo fue-

¹⁶ Hay traducción española de Francisco Fernández Wallace (Buenos Aires: Librería Hachete, 1943).

¹⁷ De Pero Hernández es también la *Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata* (1547). No he tenido a mano esa edición, pero sí abundantes referencias a ella.

¹⁸ La semejanza más directa, además de la intervención de un hablante figurado, se da en las refutaciones muy personalizadas que distinguen a los *Comentarios* de Alvar Núñez.

¹⁹ Las alusiones a la historia de América indican lecturas quizá más amplias de las que se han documentado hasta hoy. El mismo Carilla sospecha, y con razón, que el visitador conocía bien la obra de Montesquieu. *El libro*, p. 99.

²⁰ Pienso además en las relaciones de Jorge Juan y Ulloa en libros como *Varios viajes a la mar del Sur y descubrimiento de las islas de Salomón* (1606) de Alvaro de Mendaña, o las relaciones mismas de fray Antonio de la Calancha.

ron, en otras proporciones, los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1680) de Carlos Sigüenza y Góngora y *El carnero* (1637) de Juan Rodríguez Freyle. Es cierto que el *Lazarillo* no asume todas las prerrogativas y temas que habitualmente desarrolla la crónica americana, pero tampoco las abandona de plano. Tal vez es por esa razón por la que algunos, excediéndose, ven en el narrador otro «cronista de la colonia»²¹.

Al igual que las relaciones tardías, la obra de Carrió se empeña en un registro de sucesos efímeros y hasta termina por disponerlos mediante enlaces anecdóticos y personalizados. Pero aunque así sea, en el *Lazarillo* todavía resplandecen los grandes acontecimientos y tópicos de la conquista. Son temas evocados más de una vez por el fervor polémico, pero narrados casi siempre con la inclinación mordaz que distingue a la prosa de Carrió:

Estos grandes hombres fueron injustamente perseguidos de propios y extraños. A los primeros no quiero llamarlos envidiosos, sino imprudentes en haber declamado tanto contra unas tiranías que en realidad eran imaginarias, dando lugar a los envidiosos extranjeros para que todo el mundo se horrorice de su crueldad. El origen procede desde el primer descubrimiento que hizo Colón de la isla Española, conocida hoy por Santo Domingo. Colón no hizo otra cosa en aquellas islas que establecer un comercio y buena amistad con los príncipes y vasallos de ellas (XVI).

Veremos que el conocimiento de las primeras relaciones americanas se infiltra en la redacción de Carrió para ocasionar, con frecuencia, formas irregulares de la parodia historiográfica. Es un hecho que puede verificarse en otro trozo del capítulo que acabo de citar. «Formó Colón —sigue diciendo el relator— un fuertecillo de madera y dejó en él a un puñado de hombres para que cultivasen la amistad con los caciques más inmediatos, dejándoles algunos bastimentos y otros efectos para rescatar algunos del país para su cómoda subsistencia hasta su vuelta»²². Seguidamente el narrador formula alusiones precisas que con toda seguridad

²¹ El juicio es de Eduardo J. Bosco en *El gaucho* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1947). Otras noticias y comentarios interesantes aparecen en el ensayo de Alberto Salas, *Relación sumaria de cronistas, viajeros e historiadores hasta el siglo XIX*. Recogido en *Historia argentina*, al cuidado de Roberto Levillier (Buenos Aires: Emecé Editores, 1968).

²² Todo parece indicar que esa reconstrucción de los hechos iniciales del descubrimiento y la conquista se hace a partir de las noticias que dio Gómara en su *Crónica General de Indias*; libro que alcanzó gran difusión tanto en Europa como en América. Sabemos que Carrió aprovechó noticias de esa y otras relaciones (véase cap. VIII).

aluden al padre Las Casas: «A los piadosos eclesiásticos que destinó el gran Carlos I, Rey de España, les pareció que este trato era inhumano, y por lo mismo escribieron a la corte con *plumas ensangrentadas*, de cuyo contenido se aprovecharon los extranjeros para llenar sus historias de dicterios contra los españoles y primeros conquistadores»²³. Carrió aún padecía —como muchos de sus predecesores— las adhesiones vehementes que suscitaron, a lo largo de los siglos, los hechos de la conquista. Visto así, su texto es un ejercicio mimético y también una extensión del discurso polémico que inauguraron los historiadores de Indias y sus apologistas. Con escaso espíritu crítico, Carrió defenderá a ciegas la empresa española en América, pero al hacerlo, sus razonamientos incidirán en lo grotesco y hasta en la ridiculez morbosa²⁴. Pondrá en boca de un indio (Concolorcorvo) frases torcidas acaso por la ingenuidad: «No es capaz español alguno de engañar a un indio» (XIX). En otros capítulos, con igual descuido, hará posible que Concolorcorvo llegue a defender la misma conquista que ha sumido a su pueblo en el vasallaje (XVI).

Comprobaremos de una u otra forma que la mayoría de los comentarios que la relación dedica a los indios se hace eco de las frustraciones motivadas por la incomprensión y otros prejuicios muy agudizados, por cierto, en las últimas etapas del período colonial:

Cierto capitán de la compañía volante, de cuyo nombre no me acuerdo —dice el narrador en el capítulo XIX—, pero sí del apellido, Berroterán, a quien los indios bárbaros decían Perrotán, fue varias veces engañado de las promesas que le hacían éstos, atendiendo a la piadosa máxima de nuestros Reyes, que encargan repetidas veces se conceda la paz a los indios que la pidieren, aunque sea en medio del combate y casi derrotados, fiados éstos en la benignidad de nuestras leyes. Engañado, vuelvo a decir, repetidas veces de estos infieles, se propuso hacerles la guerra sin cuartel, y así, cuando los indios pedían paz, el buen cántabro interpretaba pan, y respondía que lo tomaría para sí y sus soldados, y cerraba con ellos con más ímpetu, hasta que llegó a aterrorizarlos y desterrarlos de todo aquel territorio (XIX).

Desde su narrador-amanuense, Carrió conceptualiza la historia americana a partir, sobre todo, de los cronistas tardíos. Toma sus datos de

²³ Con la frase «plumas ensangrentadas» se refiere aparentemente a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1540) del padre Las Casas. Consúltese el resumen que allí aporta Carilla de esos asuntos polémicos (cap. VI). El subrayado es mío.

²⁴ Véase cap. VIII. Y en las notas de ese capítulo se resumen algunas polémicas que ese detalle soez ha suscitado en obras de cronistas muy disímiles.

las relaciones de Herrera y Antonio de Solís, aunque es obvio que también consultó a Zárate, al padre Acosta y, muy atentamente, al Inca Garcilaso²⁵. Pero al valerse de esas noticias que le proporcionan las crónicas, tergiversa la historia al confundir, por ejemplo, a Manco Cápac con Atahualpa. Y rara vez —como lo ha señalado Marcel Bataillon— encontrará en Cuzco u otros sitios monumentos o razones que le induzcan al elogio de la civilización incaica²⁶. Siguiendo la trayectoria que le sugería su vocación de narrador, Carrió acudió principalmente a las crónicas de mayor contenido literario. En otro orden, su texto asimila casi indiscriminadamente muchas de las noticias que dieron a conocer Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la *Relación histórica* (1748); y llevado por razones personales, Carrió refutará noticias que habían aportado los textos del abate Raynal²⁷.

Su interés por el significado y la raíz etimológica de voces americanas es también la recuperación paródica de temas y procedimientos que abundan en las principales crónicas de Indias. Al ocuparse de la significación de vocablos importantes, Carrió reproduce la preocupación filológica ante el texto que distingue a Fernández de Oviedo, a Las Casas, al Inca y a otros cronistas prestigiosos:

Pidiendo unos soldados de Cortés forraje para sus caballos y viendo los indios que aquellos prodigiosos animales apetecían la yerba verde, recogieron la cantidad de puntas de plantas que hoy llamamos maíz y al tiempo de entregar sus hacecillos dijeron: *mahí, señor*, que significa: «toma, señor», de que infirieron los españoles que nombraban aquella planta y a su fruto maíz, y mientras no se hizo la cosecha, pedían siempre los soldados maíz para sus caballos... (XVI)²⁸.

No es mi propósito ofrecer ahora una catalogación exhaustiva de esos fragmentos que documentan la proximidad entre el *Lazarillo* y la historiografía de Indias. Es evidente en muchos sectores que pasajes numerosos de las crónicas se mantienen como referentes expresivos y temáticos del *Lazarillo*; y puede advertirse que, además de esas relaciones bastante

²⁵ Referencias directas o implícitas al padre Acosta aparecen en el cap. VII (véanse las notas). Al Inca Garcilaso se refiere con toda claridad en su mención de los *quipus*, cap. XV. La importancia de las *Décadas* de Herrera como fuente del *Lazarillo* la documenta Carilla más de una vez. Señalo, por ejemplo, el cap. XVI.

²⁶ Léanse principalmente los caps. XV y XVI.

²⁷ Me refiero a la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes* (1770).

²⁸ Para comprender la vigencia de esos temas en el *Lazarillo* conviene leer los comentarios que aparecen a lo largo del cap. VII.

precisas, la narración practica un cuestionamiento de sus fuentes que nos recuerda la postura mantenida por Bernal Díaz y el mismo Inca Garcilaso. Excepto que en el *Lazarillo* esa preocupación de cariz erudito suele provocar la matización satírica y locuaz.

Pero esos antecedentes no implican que el marco historiográfico del *Lazarillo* esté exclusivamente supeditado a las relaciones de Indias. Repárese que para satisfacer las exigencias que planteaba la naturaleza equívoca de su texto Carrió contrapone ligeramente tipologías narrativas que encierran visiones muy disímiles del pasado:

Supuesta, pues, la incertidumbre de la historia, vuelvo a decir, se debe preferir la lectura y el estudio de la fábula, porque siendo ella parte de la imaginación libre y desembarazada, instruye y deleita más (I).

Y allí, en el mismo tono, alude a su propio texto al decir:

Los viajeros (aquí entro yo), respecto de los historiadores, son los mismos que los lazarillos en comparación de los ciegos. Estos solicitan siempre unos hábiles zagales para que dirijan sus pasos y les den aquellas noticias precisas para componer sus canciones, con que deleitan al público y aseguran su subsistencia. Aquéllos, como de superior orden, recogen las memorias de los viajeros más distinguidos en la veracidad y talento (I).

Estas alusiones, al parecer casuales, subrayan de paso la concepción ambivalente que se insinúa en el texto de Carrió. La suya es una escritura aún sujeta al propósito informativo, pero encaminada discretamente hacia las revelaciones que nos asegura la creación literaria. Es cierto que sus observaciones sobre los hechos ocurridos a veces serán imprecisas, pero no del todo. Valorando el libro en su totalidad observamos que en el *Lazarillo* se procura la aplicación del discurso a la circunstancia pragmática, según lo propuso Montesquieu²⁹. Apartándose de la tradición hispánica, su concepción de la narrativa histórica excluye los designios providenciales del acontecer; se hace visible de ese modo la orientación laica brillantemente definida por Voltaire en su *Essai sur les mœurs*, que autoriza —al mismo tiempo— el análisis preciso de la causalidad y de los materiales utilizados.

²⁹ El cuestionamiento que hace Carrió de la obra del padre Mariana deja entrever algo de su visión pragmática, pero a la vez ambigua, de la labor historiográfica. Al referirse al famoso historiador, lo distingue curiosamente por su «exactitud e ingenuidad» (cap. I).

Aunque incapaz de tales refinamientos metodológicos, Carrió se aproximó a un sistema de redacción frecuente en la historiografía del enciclopedismo racionalista. Su proceder llega más de una vez a la presentación estadística de los hechos, y también se esmera por conseguir la compleja simultaneidad descriptiva, favorecida por Voltaire y Montesquieu; simultaneidad que a su vez invita la digresión ilustrativa y otras ampliaciones complementarias del discurso³⁰. Los nuevos procedimientos historiográficos vigentes en aquellos años aconsejaban la descripción precisa de las costumbres, usos y todas las formas —por pedestres que fuesen— de la actividad económica y cultural. Y ese criterio es acaso responsable de muchos fragmentos áridos que el lector de hoy reprochará al *Lazarillo*.

Conforme a ese sistema de verificaciones se redactó un texto importante que Carrió había conocido y que al parecer le irritaba. Me refiero, claro está, a la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans le deux Indes* (1771). En ella quedaba implantado el sentido de *rerum gestarum* glorificado en las relaciones clásicas; sentido que el historiador iluminista retomó desde un empirismo arbitrario y encaminado hacia la descripción progresiva del desarrollo económico y social³¹. Fue paradójicamente ese sentido utilitario de la historia el que a su vez motivó el reproche —de cariz enciclopedista— que Carrió haría al polígrafo Peralta Barnuevo³². Entre otras cosas, el autor del *Lazarillo* entendía que más beneficioso hubiera sido escribir la «historia civil y natural» del Perú que componer *Lima Fundada, España Vindicada*³³. Pero desprovisto de una tradición científica que le respaldara, a menudo Carrió hubo de recurrir a la práctica literaria que cen-

³⁰ Las aportaciones generales de ambos historiadores las resume E. Fueter en *Historiografía moderna* (Buenos Aires: Nova, 1953), I, pp. 34-56.

³¹ Se pensaba entonces, como hoy, que la historia debía superar metodológicamente las desventajas que sufría al ser comparada con las ciencias exactas. La historia era considerada por muchos como un conocimiento de rango inferior. Y llegó a aplicársele fórmulas matemáticas, según los ensayos de Hartley y Priestly. El resultado de toda esa labor hizo que, a fines de siglo, la historia fuese una disciplina más rigurosa, pero de naturaleza interdisciplinaria. Las formulaciones más precisas de la teoría comparativa y evolucionista del conocimiento, que maduró en el XVIII, se resumen en la *Scienza Nuova* de Giambattista Vico: obra que sería explicitada posteriormente por Benedetto Croce.

³² Véase Prólogo, p. 117.

³³ El reproche fue motivado tal vez por el inmenso prestigio científico que disfrutó Peralta Barnuevo en el siglo XVIII; conocimiento entonces tan excepcional en la cultura hispánica y al mismo tiempo tan celebrado por la intelectualidad del siglo XVIII. Lo que indico está documentado en el estudio de I. Leonard, «Pedro Peralta: Peruvian Poligraph», en *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV (1968), pp. 690-699.

suraba para objetivar de algún modo la naturaleza de los hechos que describe.

En definitiva, creo que el marco de referencias que he esbozado nos revela a grandes rasgos el confuso sincretismo historiográfico que prevalecía en los años postreros del período colonial. El *Lazarillo* será, por esas y otras razones, una recopilación ecléctica que refleja abiertamente el pensamiento fragmentado de la época. De hecho, esta breve ubicación historiográfica del texto nos permite una visión más clara de la obra y de su organización interna. Lo afirma así porque al emplazar la narración en su contexto se esclarecen múltiples rasgos definitorios de la misma y se amplía el sentido testimonial que el *Lazarillo* retiene en el espectro histórico-literario de aquellos años.

II

Es obvio, por otra parte, que el *Lazarillo* no fue concebido exclusivamente como arte literario. El texto posee, no obstante, varios aspectos que confirman la dimensión creativa de la narración. Estas son consideraciones, bien está decirlo, que la crítica ha visto de soslayo, pero que interesan al emprender ahora una lectura centrada en la singularidad formal del texto.

Quisiera subrayar que al afrontar el texto de Carrió se destaca en seguida la presencia desdoblada de un relator histórico y otro figurado. Concolorcorvo o el Inca Calixto Bustamante es el amanuense indígena empleado por Carrió, y como tal *la persona* narrativa que asume el visitador³⁴. Se sobrentiende que en la historia literaria poco tiene ese ardid

³⁴ Bajo el título tan narrativo de la obra se lee: «Sacado de las memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje y comisión que tubo por la corte... Por don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, natural del Cuzco...» Nótese la imagen precisa que el título nos da del visitador y el perfil brumoso de un relator que aparece envuelto en seudónimos y nombres dudosos. Sabemos, por otra parte, que el amanuense fue personaje histórico, aunque no se conocen detalles concretos de su vida y personalidad. Quisiera añadir que las reservas que tuvo Carrió al publicar su libro fueron, por otra parte, motivadas por las restricciones oficiales y por una posible recepción polémica y negativa de la obra. Pero esas reservas fueron compartidas también por prestigiosos historiadores del siglo XVIII. Nicolás de Jesús Nelando, en su *Historia civil de España* (1740-1744), admite que la suya es por necesidad una versión parcial de los hechos narrados. Para comprender el contexto intelectual y los criterios oficiales e historiográficos de la época debe consultarse el documentado estudio de Iris M. Zavala, *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII* (Madrid: Editorial Ariel, 1978), pp. 367-410.

de novedoso. Pero esa duplicación es preciso verla de otro modo. Lo que me interesa apuntar es que ese doblez interior ilustra con excepcional claridad la ambivalencia del *Lazarillo* como texto patrocinado por el impulso creativo y el afán noticioso; es acaso el pliegue que alude en otro plano a recrudescidas distinciones sociales y a toda un área de escisión cultural que se acentuaba en los estadios finales del período colonial.

El desdoblamiento presente en la imagen del relator se agudiza notablemente cuando verificamos que no se trata de una función relatora de carácter tradicional. Obsérvese, ante todo, que en la escritura se insertan una proyección autobiográfica imaginada, que narra el Inca Bustamante, y otra más categórica determinada por Carrió. Esta última es visiblemente la coordenada que orienta el proceso narrativo. En el texto cohabitan entonces dos estratos inestables: la palabra representada que emite Concolorcorvo y el discurso propiciado por el autor. En este último radica el verdadero contenido pronominal, evidente sobre todo en el plano de las conceptualizaciones. Por ello me parece lícito atribuir numerosos sectores del texto al mismo Carrió. Queda consignado de esa manera un ente narrativo que necesariamente nos hace pensar en el *Lazarillo de Tormes*, aunque el área de relación entre ambos textos es marginal en todo sentido.

Las valoraciones más precisas aceptan que, en la obra clásica, Lázaro es el instrumento maleable y transparente a través del cual se expresa una sensibilidad culta y refinada³⁵. Es acaso el narrador desdoblado por excelencia³⁶; y Lázaro, al igual que Concolorcorvo, es la entidad que le permite al relator implícito tomar la distancia necesaria para objetivar los hechos descritos. Esa escisión dramatizada del instrumento narrativo es quizá el vínculo más directo que el texto de Carrió mantiene con el modelo picaresco³⁷. La diferencia inmediata se percibe, sin embargo, en

³⁵ Esos y otros rasgos estructurales del texto clásico se analizan brillantemente en los siguientes estudios: Fernando Lázaro Carreter, «La ficción autobiográfica en el *Lazarillo de Tormes*», en *Litterae Hispaniae et Lusitanae*, I (1967), pp. 195-213; «Para una revisión del concepto 'novela picaresca'», en *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas* (México: Colegio de México, 1970), pp. 27-45. Stephan Gilman, «The Death of Lazarillo de Tormes», en *Publications of the Modern Language Association*, LXXXI (1966), pp. 149-166. Claudio Guillén, «La disposición temporal del *Lazarillo*», en *Hispanic Review*, XXV (1957), pp. 264-279.

³⁶ Al precisar las divergencias que existen en el punto de vista narrativo que contienen ambos textos, se verá que en la narración clásica se evita la ofuscación que se produce en el *Lazarillo de ciegos caminantes*, al quedar yuxtapuestos dos planos autobiográficos que se entrecruzan arbitrariamente.

³⁷ Inútil es relacionar la 'geografía' de la picaresca con la del *Lazarillo*. La de este último es, como bien lo señala Bataillon, «un itinerario» y no un emplaza-

que el desdoblamiento ocurrido en el *Lazarillo de ciegos caminantes* no es una práctica sostenida ni finamente equilibrada; limitación que, por cierto, impide la ficcionalización coherente y totalizada que sí logró el autor anónimo.

Aún en las páginas iniciales, la voz de Carrió se impone y hasta llega a entorpecer la perspectiva elegida en el proceso de redacción. Apenas comenzada la obra, el visitador exhibe sus lecturas y se desvía hacia ocasionales referencias mitológicas que permiten un comentario aforístico de los hechos en cuestión; material que el narrador designa como «exordio» de su libro en gestión. Pienso, no obstante, que no son éstos los temas y disquisiciones que hubiese interpolado gratuitamente, y a tenor de prédica, un simple e inculto amanuense indígena de Cuzco. Observaremos que es ese mismo relator el que también alude a vivencias cortesananas: «Esto supuesto, señores empolvados, sedientos o cansados, sabrán que los correos y mansiones o postas son tan antiguos como el mundo, porque en mi concepto son de institución natural, y convendrán conmigo todos los que quisieren hacer alguna reflexión. *He visto en la corte de Madrid* que algunas personas se admiraban de la grandeza de nuestro monarca, porque cuando pasaban a los sitios reales llevaba su primer secretario de Estado...» (Prólogo).

En otro tono, la página siguiente comunica la postura defensiva que habitualmente asociaríamos con una persona vinculada a las realidades e intereses peninsulares:

Los españoles son reputados por los hombres menos curiosos de toda Europa, sin reflexionar que son los que tienen menos proporción por hallarse en el extremo de ella. El genio de los españoles no se puede sujetar a las economías de franceses, italianos, flamencos y alemanes, porque el español, con doscientos doblones en el bolsillo, quiere competir con el otro de estas naciones que lleva dos mil, no acomodándose a hacerse él mismo los bucles y alojarse en un *cabaret* a comer solamente una grillada al medio día, y a la noche un trozo de vitela y una ensalada (Prólogo)³⁸.

En los capítulos quizá más conocidos del libro es obviamente Carrió quien produce una briosa defensa de la Conquista. E inexplicablemente, en Cuzco, tierra del relator Concolorcorvo, el visitador se apodera del

miento imaginativo, como lo es Toledo en la trayectoria de Lázaro de Tormes. *Introducción a*, p. 97.

³⁸ En una escala menor, la inclinación paródico-crítica del texto está indicada por las alusiones satíricas a voces francesas e italianas que se introducían en el léxico y la actividad literaria de la época. Véase Prólogo, pp. 102-103.

hilo nativo para exponer allí sus prejuicios y orgullos de casta; conducta que debilita y reduce aún más la presencia efectiva del hablante figurado: «Más plata y oro sacaron los españoles de las entrañas de estas tierras en diez años que los paisanos de Vm en más de dos mil que se establecieron en ellas, según el cómputo de los hombres más juiciosos. No piense Vm dilatarse mucho en la descripción de estos países, pues aunque son mucho más poblados que los que deja atrás, son más conocidos y trajinados de los españoles que residen desde Lima a Potosí. *Nimborum in patriam, loca foeta furentibus Austris* (XI)»³⁹.

Advertimos que esos y otros fragmentos de la relación no favorecen la imagen del narrador figurado que postula el texto. Lejos de ser «indio neto», el relator es más bien, como él mismo lo dirá, «peje entre dos aguas»⁴⁰. La inconsistencia narrativa que he puntualizado no se advierte acaso porque gran parte de la obra está montada sobre la base de un diálogo tácito y a veces directo entre Concolorcorvo y el visitador. Aunque podría verificarse en otros pasajes, en el segundo apéndice es aún más obvio ese plano de interacción que acabo de señalar: «¿Hay más preguntas, señor Inca? Sí, señor, le respondí, y no acabaría hasta el día del juicio, si Dios nos diera a Vm y mí tanta vida como a Elías y Enoc. Pregunto lo segundo: si en México y Lima, que Vm reputa por las dos cortes más enfermizas del imperio español americano, ¿viven sus habitantes tanto como en los demás países de su dominio?» (Apéndice II).

En este fragmento la narración se desvía hacia un tópico, por cierto muy comentado en la época colonial: me refiero a las comparaciones y rivalidades entre los virreinos principales de América. Pero en otros momentos esas matizaciones ocasionales también manifestarán las fricciones sociales y la inevitable gestión opresiva que desarrolla la cultural dominante: «Por la laguna Estigia vuelvo a jurar, señor don Alonso, que es muy poco lo que entiendo de la pintura que Vm ha hecho del traje de mis compatriotas. ¿Y a mí qué cuidado me da esto?, me respondió. El año de cuarenta y seis de este siglo, memorable por el último gran terremoto, llegué a esta capital, en donde todavía hallé en uso estos trajes. Si al presente son ridículos, a lo menos no dejarán de confesar que fueron costosos y que en aquel tiempo manifestaban opulencia de sus dueños y el generoso espíritu que infundía el estelaje» (Apéndice III).

³⁹ A mi parecer, el despliegue espacial que Carrió permite a la cita indica su marcado interés por destacarla. El texto proviene de *La Eneida* (libro I, 51).

⁴⁰ Véase Prólogo, pp. 116-119. Ocurre además la yuxtaposición arbitraria de los planos autobiográficos, que evitan la creación de un foco narrativo claramente definido. Tampoco es efectiva ni consistente la representación dialogada que el texto desarrolla.

Explícitamente es ésa la dinámica narrativa que otorga al texto sus fragmentos de mayor soltura; es también una manipulación retórica con precedentes antiquísimos en los debates, panegíricos y en los diálogos expositivos que cultivó la literatura europea del Renacimiento. Pero cuidémonos de pensar que la relación se ha elaborado totalmente al azar de esos diálogos y de los tópicos que he señalado. La directriz impuesta por el relator dominante (el autor) ejerce una función integradora que, a retazos, funde a ambos narradores. Lo que he señalado es visible en varios fragmentos: son sectores que tangencialmente indican una velada conciencia de elaboración textual. El pasaje que elijo para demostrarlo es extenso, pero su obvia importancia y función ilustrativa me induce a reproducirlo en su totalidad:

Después de haber descansado dos días en Potosí, *pidió el Visitador este diario, que cotejó con sus memorias y le halló puntual en las postas y leguas; y aunque le pareció difuso el tratado de mulas, permitió que corriese así, porque no todos comprenden las concisiones (sic)*. Quise omitir las coplas de los gauderios, y no lo permitió, porque sería privar al público del conocimiento e idea del carácter de los gauderios, que no se pueden graduar por tales sin la música y poesía y solamente me hizo sustituir la cuarta copla, por contener sentido doble, que se podía aplicar a determinados sujetos muy distantes de los gauderios, lo que ejecuté puntualmente, como asimismo omití muchas advertencias, por no hacer dilatada esta primera parte de mi diario, reservándolas para la segunda, que dará principio en la gran villa de Potosí hasta dar fin en la capital de Lima (X) ⁴¹.

En la caracterización formal del *Lazarillo* que he sugerido hasta ahora me parece necesario apuntar la conducta de un texto que llega a ocuparse de sí mismo y que convierte aspectos del procedimiento narrativo en toma ocasional del discurso. Se repite, pues, aquí un síndrome escritural que he señalado en la obra del Inca Garcilaso y Rodríguez Freyle, y que comprueba indirectamente esa postura autocontemplativa e interiorizada que asoma con tanta frecuencia en la escritura americana desde el siglo XVI. Se verá además que el párrafo que he citado es un apretado resumen de temas y actitudes muy notorios en toda la obra.

Esa coherencia alcanzada por la narración al revelar sus aspectos más interiorizados disminuye considerablemente cuando el relator dominante (Carrió) se empeña en transferir a un primer plano las querellas

⁴¹ Este y otros pasajes similares son antecedentes explícitos de las relaciones detallistas y excesivamente localizadas que emprenderá la literatura costumbrista del siglo XIX.

y rivalidades que existieron entre funcionarios de su época. Son datos que, bien está apuntarlo, empobrecen el alcance imaginativo de la obra: «Bastante pudor me cuesta —y es sin duda Carrió quien habla— descifrar un enigma tan público que hasta los muchachos de Lima lo saben. Finalmente, las cuatro P.P.P.P. que fijó el gachupín a la puerta de este palacio arzobispal no significan otra cosa, como a VV. SS. Ilustrísimas les consta que Pila, Puente, Pan y Peines, en que excede Lima a la ponderada ciudad de México» (Apéndice III)⁴².

Estamos situados, pues, ante una narración que se desarrolla a partir de una perspectiva ambivalente de sí misma y del mundo que describe. Lo digo así porque, aun cuando el Inca Bustamante es el hablante figurado, Carrió no logra sustraerle todos los valores y actitudes que serían propios de su raza y extracción cultural. Persiste, de este modo, una confrontación sostenida aunque tenue de dos marcos referenciales que se entrecruzan en el nivel autobiográfico del texto; es un ligero choque de imágenes que termina por desorientar al lector. Pero viéndolo de otro modo, en la organización del discurso entroncan los valores extremos de la sociedad colonial: el indio y el peninsular. E inscrito entre ambos permanece al criollo mayoritario que aparentemente resulta excluido como entidad dinámica del texto. Digo aparentemente porque sólo es así en la superficie denotativa de la narración.

Invito al lector a meditar sobre lo que acabo de señalar porque se esboza aquí un concepto que nos permitirá una caracterización mucho más exacta de la obra. Quiero decir que, en el *Lazarillo*, el espacio narrativo de mayor significación es precisamente un interdicto. Entre los extremos que representan Carrió y el indio Concolorcorvo aparece diluida la expresión cultural del criollo, se omite paradójicamente el tipo humano y social que fundaba en América un nuevo contexto de valores. Y la omisión se torna aún más significativa cuando advertimos que son las actitudes y el mundo del criollo las que a la postre singularizan la obra. Piénsese a la vez que ese curioso signo de interdicto puede verificarse de manera ascendente en los textos que he comentado. Por otra parte, la incidencia implícita del criollo alude en el *Lazarillo* a los múltiples efectos represivos que constituía el sistema imperante.

En secciones muy variadas, Carrió, desde su relator, da cuenta del mestizaje en todas sus formas y hasta documenta los hábitos generalizados del criollo en México y Perú. Alude en particular a los «chapetones» limeños y dice, por ejemplo, que «en la Nueva España los llaman

⁴² Para una explicación de esos detalles propios de la *novela de clave*, véase Carilla, *El libro*, p. 31.

peruleros, y en la península mantienen este nombre hasta en sus patrias, y así en Madrid *a mi cuñado y a mí y a los demás criollos* nos reputaban igualmente por peruleros o limeños» (Apéndice III). Pero no serán siempre favorables las imágenes del criollo que se ofrecen en el *Lazarillo*⁴³. Más importante que las quejas y críticas ocasionales es, sin embargo, el equívoco cultural y social que percibimos en la narración y que a su vez la singulariza.

Lo que deseo consignar ahora es que, tras su reafirmada condición peninsular, Carrió experimenta un plano vivencial —el más significativo de toda su vida— que está cifrado plenamente en la cultura del criollo. Razón sobrada tiene M. Bataillon al afirmar que el visitador: «Vuelto a Madrid, es ya un peruano o perulero, o sea, tanto como decir criollo, y encuentra natural que los madrileños lo confundan con los demás criollos»⁴⁴. Además, los conocimientos extremadamente pormenorizados que Carrió poseía de la vida rural y urbana y su exposición detallada de los usos y los grupos étnicos nos indican que las experiencias formativas del relator se consolidaron en una sociedad que estaba definida por la cultura del criollo⁴⁵.

Para fijar, por último, la organización interna de la obra tendremos que reconocer también que ambos relatores son los garantes inmediatos del texto. Pero son además dos voces que desde el plano autobiográfico por necesidad ficcionalizan gran parte de la relación⁴⁶. Con ello quiero apuntar muy brevemente que el discurso posee un significativo imaginativo que lo condiciona y que posibilita los significados diversos que la narración manifiesta. De ello me ocupo en la conclusión de estas notas.

III

En lo que precede me he referido someramente a las contraposiciones interiores que sugiere la mecánica narrativa del *Lazarillo*. Pero ocurre que ese conocimiento nos transfiere por necesidad a otro plano, no me-

⁴³ Véase Prólogo, p. 115. El subrayado es mío.

⁴⁴ *Introducción a*, p. 208.

⁴⁵ Para comprender con exactitud el significado cultural e histórico que encierra la palabra criollo, léase el estudio de José J. Arrom, «Criollo: definición y matices de un concepto», en *Certidumbre de América* (Madrid: Editorial Gredos, 1971), pp. 11-26.

⁴⁶ El proceso de ficcionalización que desarrolla la relación autobiográfica lo analiza William Howarth en su estudio «Some Principles of Autobiography», en *New Literary History*, V (1974), pp. 365-368.

nos importante del discurso, en el que aparecen contrapuestas ahora imágenes de procedencia inesperada. Hablo concretamente de libros, textos y referencias que ingresan en la narración como afluentes para formar una atropellada corriente narrativa. Son materiales que al fundirse incrementan la dimensión referencial del discurso mediante un proceso analógico que enriquece y amplía nuestra lectura. Insisto en ello porque esas relaciones textuales —a veces tan conflictivas e imprecisas— son un rasgo esencial de la creación literaria; rasgos que en las letras americanas hemos de verificarlo con peculiaridades muy definidas⁴⁷.

De manera accidentada, en el *Lazarillo de ciegos caminantes* se dilata notablemente el espacio gestado por la intertextualidad creativa. Sin embargo, no he de explorarlo en todas sus formas, ni es necesario que lo haga⁴⁸. Advuértase que la narración muestra su comportamiento referencial con un epígrafe de Ovidio que le sirve como punto de partida al texto, y que dará lugar a otros de procedencia clásica que he verificado en citas anteriores. Propongo que, en parte, la función tácita de esas citas y referencias es vincular la escritura a los códigos más prestigiosos de la expresión literaria. Es tal vez la indicación explícita de que el texto ligero y coloquial que se ofrece aún mantiene las garantías de un saber refinado. Observaremos, por ejemplo, que esas asociaciones iniciales son las que suscitan una breve parodia de motivos clásicos que inician en el *Lazarillo* una sucesión bastante extensa de interpolaciones ilustrativas y definitivas. Según vimos, al realzar las virtudes de la fábula, en contraste con la historia, el relator distingue con alguna precisión los rasgos idealizados y las cualidades que posee el héroe legendario; alusión que motiva a su vez el siguiente relato: «Juno y Venus —dice el narrador—, rivales desde la decisión del pastor de Ida, siguen opuesto partido, procurando cada una traer al suyo al altisonante Júpiter, que, como riguroso republicano, apetece la neutralidad; pero deseando complacer a las dos coquetas, arroja rayos, ya a la derecha, ya a la izquierda, en la fuerza del combate para que quede indecisa la victoria (I).

⁴⁷ Los precedentes más sugestivos de esa peculiaridad los expone con admirable precisión Roberto González Echeverría en «José Arram, autor de la *Relación acerca de las antigüedades de las Indias*: picaresca e historia», en *Relecturas* (Caracas: Monte Avila, 1976), pp. 17-31.

⁴⁸ Me atengo al concepto general de intertextualidad enunciado por la profesora Julia Kristeva al definir el texto como «aparato translingüístico que redistribuye el orden de la lengua, poniendo en relación una palabra comunicativa, apuntando a una información directa, con distintos tipos de enunciados anteriores o sincrónicos». *El texto de la novela* (Barcelona: Lumen, 1974), p. 15. Es ver el texto como un área de inserciones creativas. O sea, la configuración de un enunciado que se integra a su vez en la totalidad histórica y social.

Sabemos que esa parodia festiva se elabora para retomar indirectamente el viaje de Telémaco al infierno entre otras alusiones. Conviene insistir, sin embargo, que los procedimientos que he señalado aquí no se limitan a las intervenciones fortuitas de la alusión decorativa; la concatenación directa o implícita de textos muy variados instituye gradualmente una dinámica escritural facilitada por la potenciación asociativa inherente al texto literario, textos que llegan a constituirse como un substrato analógico de latitud muy variable.

Al puntualizar esos atributos de la narración, debemos tener en cuenta que el *Lazarillo* se ha estimado primordialmente por su caudal informativo, y no sorprende que así sea. Pero, con todo, la obra se inspira, por lo menos en parte, en textos de creación, ya que incorpora como referente inmediato el *Telémaco* de Fenelón, libro urdido con inmensa riqueza imaginativa que deriva a su vez de la *Odisea* y que desarrolla una trama de fabulaciones extremas propias de la novela bizantina. Es por ello justificada la observación de Carilla al recalcar que entre las fuentes principales del *Lazarillo* se destaca sobre todo el *Telémaco*⁴⁹.

Por su parte, Bataillon afirmaba que ese mismo libro «coronaba la cultura clásica de Carrió»⁵⁰. No es necesario insistir en ello ni tampoco en la huella que deja en el *Lazarillo* la *Vida* (1743) de Torres de Villarroel, escritor por cierto muy afín al temperamento mordaz y satírico de Carrió. Pero esos y otros datos similares fueron esclarecidos a lo largo de muchos años por investigadores bien conocidos de todos.

Lo que me interesa señalar es que la secuencia episódica estructurada por Carrió provoca, aunque en proporción desigual, una relación analógica con textos indirectamente afines al *Lazarillo*. En medio de un diálogo irónico en el que se predicen los comentarios que podría motivar el *Lazarillo* entre sus futuros lectores, el relator evoca la presencia de obras que sin duda informan y respaldan la proyección creativa y el carácter polémico del texto:

Ninguna obra ha salido hasta ahora al gusto de todos, y hay infinidad de sujetos que, no siendo capaces de concertar un período de seis líneas en octavo, ponen un defecto en las cláusulas del hombre más hábil. Todo esto es oro molido para el autor. Si Vm lograr sacar el costo de su impresión (que lo dudo mucho) aunque La Robada⁵¹ le haga mucha gracia por mi respeto y amistad antigua, siempre gana Vm mucho difundiendo su nombre y apellido por los dilatados domi-

⁴⁹ Remito al lector a las oportunas aclaraciones que hace Carilla en su edición, cap. I, p. 125. Hay otras referencias al mismo libro en la p. 395.

⁵⁰ *Introducción*, p. 207.

⁵¹ Es el nombre de la imprenta en que se publicó la obra de Carrió.

nios de España, con más fundamento que *Guzmán de Alfarache* y *Estebanillo González*, que celebran tantos sabios e ignorantes en distinto sentido (Apéndice III).

Otras referencias integradas en la narración son menos explícitas, pero identificables en todo caso. El simple juego de palabras que ocasiona el refrán invertido «liebre por gato» nos recordará variaciones similares en el *Quijote* y en textos de Quevedo⁵². Y el trasfondo literario, más que folklórico, que parece sugerir ese juego, se insinúa también en otras alusiones, aunque menos precisas: «El chiste de liebre por gato nos pareció invención del fraile, pero el visitador nos dijo que, aunque era muy usado en el Tucumán, era frase corriente en el Paraguay y pampas de Buenos Aires, y que los versos de su propio numen eran tan buenos como los que cantaron los antiguos pastores de la Arcadia, a pesar de las ponderaciones de Garcilaso y Lope de Vega» (VII).

Los enlaces implícitos o directos entre escrituras diversas se comportan entonces como un retraído diálogo intertextual, que es fomentado en parte por la lógica argumentativa y polémica que sirve de sostén formal al *Lazarillo*. Con razonamientos propios de un criollo, el relator (Carrió) reincide en tópicos convencionales en los que suelen despuntar las referencias literarias: «Protesto a Vm, señor Inca, que ha cerca de cuarenta años que estoy observando en ambas Américas las particularidades de los ingenios de los criollos y no encuentro diferencia, comparados en general con los de la península» (Apéndice II). Y allí se precisa otro comentario que con toda claridad responde a la *Defensa de los españoles americanos y su ingenio* de Feijoo⁵³.

La información ordenada que ha propiciado la investigación literaria nos permite confirmar desde otro plano las relaciones tácitas y directas que el *Lazarillo* mantiene con la obra de Quevedo. Es innecesario, por tanto, reconsiderarlas aquí. Quiero destacar, no obstante, que la concepción imaginada del relator Concolorcovo deriva al parecer de una fuente literaria; me refiero, claro está, al romance de Quevedo «Bodas de negros»:

Iban los dos de las manos
 como pudieran dos cuervos;
 otros dicen como grajos,
 porque a grajos van oliendo.

.....

⁵² Véanse las explicaciones bibliográficas que aporta Carilla, *El libro*, p. 111.

⁵³ Son útiles las referencias y paralelos textuales que el editor ofrece en sus notas. Se reproduce la defensa vehemente que hace Feijoo de Peralta Barnuevo y de la intelectualidad criolla, p. 447.

Echóles la bendición
 un negro veintidoseno,
 con un rostro de azabache
 y manos de terciopelo ⁵⁴.

Gradualmente, esas y otras aportaciones sugeridas por fuentes literarias muy variadas se acumulan en el *Lazarillo* como un sedimento fértil que pone en evidencia el parcial asiento imaginativo del texto. Esa observación se corrobora también al señalar la diligencia con que el narrador recoge y sintetiza temas literarios y del folklore que apenas se conocían fuera de la América hispana. Es éste tal vez uno de los aspectos menos estudiados de la obra. El *Lazarillo*, valorado desde ese ángulo, se percibe hoy como un vasto compendio de relatos y motivos que difieren marcadamente en valor literario e inclusive en su nivel de desarrollo formal.

Al describir los aspectos de la cultura urbana y campesina de aquellas regiones se retratan las ferias, hábitos y labores, y en el curso de su itinerario el relator construye estampas populares con matizaciones puntillosas que anuncian el auge inminente de la literatura costumbrista. El flujo dialogado de la narración por su naturaleza recoge anécdotas, relatos y coplas que provocan las circunstancias y que sugieren a cada paso las tradiciones populares de aquellos sitios. Confirmamos, pues, un hábito narrativo que habían practicado los cronistas, pero que Carrió emplea con obvio deleite y mostrando en cada detalle su instinto de narrador:

Antes de salir de esta jurisdicción —nos dice el relator— voy a proponer un problema a los sabios de Lima. Atravesando cierto español estos montes en tiempo de guerra con indios del Chaco, se vio precisado una noche a dar descanso a su caballo, que amarró a un tronco con un lazo dilatado para que pudiese pastar cómodamente, y por no perder tiempo, se echó a dormir un rato bajo de un árbol frondoso, poniendo cerca de su cabecera una carabina proveída de dos balas. A pocos instantes sintió que le despertaban (*sic*) levantándole de un brazo, y se halló con un indio bárbaro armado de una lanza y con su carabina en la mano, quien le dijo con serenidad: «español, haz tun»; esto es, que disparase para oír de cerca el ruido de la carabina. El español, echando un pie atrás, levantó el gatillo y le encajó entre pecho y espalda las dos balas al indio, de que quedó tendido. Se pregunta a los alumnos de Marte si la acción del español procedió de valor o de cobardía, y a los de Minerva si fue o no lícita la resolución del español (IV).

⁵⁴ *Obras completas*, I. Citado por Carilla, p. 109.

Este y otros cuentos sobre gauderios y tucumanes (cap. VII)⁵⁵ anticipan además los temas característicos de la narrativa criollista, y el motivo de la sorpresa brutal que asoma en el relato de Carrió lógicamente nos lleva a evocar cuentos muy conocidos de nuestro siglo. Pienso, por ejemplo, en «El pozo» de Ricardo Güiraldes o «El duelo» y «El muerto» de Jorge Luis Borges⁵⁶. Es evidente que en esos trozos del *Lazarillo* habían cristalizado ya algunas formas arquetípicas de la narración gauchesca. Son incidentes concebidos a veces en torno a la copla y al cuento de fogón: «El visitador, que no se acomoda a calentar mucho su asiento, dijo al viejo con prontitud que aquella expresión le parecía muy mal, y así, señor Gorgonio, sírvase Vm. mandar a las muchachas y mancebos que canten algunas coplas de gusto al son de sus acordados instrumentos» (VIII)⁵⁷.

Pero otras narraciones que distinguimos a lo largo de la obra son injertos que provienen sin duda de la cuentística popular, que, como antes indiqué, también penetró en las relaciones del Inca Garcilaso y Rodríguez Freyle. En el *Lazarillo*, los relatos en torno a las lavanderas de Córdova, que «jamás remiendan sus sayas» (IV), o el que versa sobre «la india muerta y el fraile muerto» (IV) deben mucho a la narrativa popular, que prosperó a partir del siglo XVI y que evoluciona hacia el espacio ilimitado de la conseja y el chascarrillo hispánico.

IV

Esa dimensión del texto que he comentado manifiesta, a simple vista, una proyección creativa que a su vez confirma el sentido profético que el *Lazarillo* asume en las letras americanas. La integración generosa de formas literarias tan disímiles permite que hoy veamos la obra como una figura poliédrica que gira sobre sí misma para mostrarnos imágenes, referencias y procedimientos que aún sorprenden al lector especializado.

El texto, como las relaciones del Inca y Rodríguez Freyle, admite y fusiona un repertorio sorpresivamente amplio de códigos literarios e his-

⁵⁵ Véase cap. I, pp. 134, 136, 171, entre otras.

⁵⁶ Un comentario valioso y muy reciente sobre las fuentes y grados de elaboración en la cuentística de Borges aparece en el libro de Jaime Alazraki *Versiones. Inversiones. Reversiones* (Madrid: Gredos, 1977), pp. 47 y ss. Véanse concretamente pp. 125-126.

⁵⁷ Obsérvese que en el cap. I, p. 133, se ofrece una descripción de carnes apetitosas, reses descuartizadas, desperdicios, ratones y gaviotas que evocan directamente escenas iniciales de «El matadero» de Esteban Echeverría.

toriográficos. Son materiales incorporados para alcanzar desde ellos una escritura singularizada que reiteradamente ha de inscribirse en un espacio intertextual. Pero obsérvese que la redacción no convoca sus precedentes con el mero objeto de reproducirlos, sino más para trascenderlos mediante una reorganización creativa de los mismos. Al proponerlo así es difícil no pensar en las observaciones certeras de Roland Barthes cuando indica que el objetivo del lenguaje literario es precisamente «reconstruir las reglas y sujeciones de la elaboración»⁵⁸. Gerard Genette, por su parte, expande ese juicio al indicar que el texto literario «se desdobra de alguna manera para agregar a su propia significación explícita o literal, o denotación, un poder suplementario de connotación que lo enriquece con uno o varios sentidos»⁵⁹.

En el *Lazarillo* se da entonces un desgranamiento interior, o si se quiere, un sistema de proliferación anecdótico que hace posible el espacio connotativo del texto. Aunque nuestra atención suele fijarse en el plano denotativo, los componentes literarios (relatos, parodias, etc.) nos revelan significados laterales —son en rigor los alrededores semánticos de los que tan sabiamente nos habla Carlos Bousño⁶⁰—, significados que no pueden omitirse si nos proponemos una visión plena de la obra.

En último término resulta claro que la originalidad del *Lazarillo* y de la escritura americana en general no reside obviamente en la pintoresca raíz etimológica del vocablo, sino más bien en esa transformación creativa de todos los antecedentes convocados⁶¹. Se desprende también que el texto americano no puede afirmarse en la causalidad nítida de una tradición elucidada en contextos culturales unificados y precisos. Ya en otras ocasiones he sugerido que la expresión literaria de América será casi siempre una actividad reflexiva que tiene su difícil razón de ser en

⁵⁸ *Ensayos críticos* (Barcelona: Seix Barral, 1967), p. 306.

⁵⁹ *Figuras; retórica y estructuralismo* (Córdoba, Argentina: Nagelkop, 1970), p. 213.

⁶⁰ Me refiero a su admirable y reciente libro *El irracionalismo poético: (El símbolo)* (Madrid: Gredos, 1977), pp. 175-203.

⁶¹ No he querido inferir que ese proceso sea, en modo alguno, exclusivo de la creación literaria en Hispanoamérica. Lo que sí deseo subrayar es que el afán por alcanzar una expresión singularizada ha motivado en las letras americanas una fase agónica (en el sentido unamuniano) de introspección y confrontaciones. Es la escritura conseguida entre el rechazo y la afirmación fervorosa de valores y tradiciones propios o aprendidos. De ahí la palabra que se inscribe repetidamente en un espacio oscilante e intertextual. Es la actividad que por su naturaleza desmiente toda escritura definitiva. Acaso esa tensión permite la expresividad inquietante que alcanzan los mejores textos de Martí, Alfonso Reyes, Borges, Octavio Paz y tantos otros. En sus obras se ha consagrado la palabra que siempre va más allá de sí misma aun cuando el contexto sea la relación histórica, el ensayo o el verso.

la noción perenne de un devenir incierto; ése es acaso un signo primordial de nuestros mejores textos; la nuestra es una escritura fundamentada en una plenitud siempre futura: plenitud que a un mismo tiempo alimenta y cancela esa escritura.

Para concluir estas páginas quisiera señalar que estos breves razonamientos en torno al *Lazarillo de ciegos caminantes* nos servirán además para corroborar, desde un libro casi olvidado, la ficcionalización progresiva que ha experimentado el discurso histórico de América. Por ser así, entiendo que el testimonio histórico que nos entrega el *Lazarillo* no ha de buscarse exclusivamente en la multitud de datos que el texto recoge. A la postre, la estructura misma de la obra constituye una significativa representación cultural del ámbito descrito. De ahí la indiscutible condición hipertélica que subyace en varios sectores del discurso; condición que no podemos omitir al constatar los verdaderos rasgos diferenciales de la narración.